

LA ENSEÑANZA de Cristo acerca del NUEVO NACIMIENTO



L.R. SHELTON, JR. (1923-2003)

LA ENSEÑANZA DE CRISTO ACERCA DEL NUEVO NACIMIENTO

Contenido

1. La naturaleza del nuevo nacimiento.....	3
Qué dice la Escritura	5
2. Cómo el Santo Espíritu da el nuevo nacimiento.....	7
Entendimiento.....	7
Afecciones	8
Voluntad	8
Una nueva naturaleza	9
3. Las consecuencias del nuevo nacimiento	11

© Copyright 1998 Chapel Library. Impreso en los EE.UU. Se otorga permiso expreso para reproducir este material por cualquier medio, siempre que

- 1) no se cobre más que un monto nominal por el costo de la duplicación
- 2) se incluya esta nota de copyright y todo el texto que aparece en esta página.

A menos que se indique de otra manera, las citas bíblicas fueron tomadas de la Santa Biblia, Reina-Valera 1960.

Publicado originalmente en inglés bajo el título *Christ's Teaching on the New Birth*. En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con:

CHAPEL LIBRARY

2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA

Teléfono: (850) 438-6666 • Fax: (850) 438-0227
chapel@mountzion.org • www.ChapelLibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno: www.chapellibrary.org.

LA ENSEÑANZA DE CRISTO

ACERCA DEL NUEVO NACIMIENTO

“Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer? Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Juan 3:3-8).

1. La naturaleza del nuevo nacimiento

Encontramos la enseñanza del Señor Jesucristo acerca del nuevo nacimiento en el capítulo 3 del Evangelio según San Juan, en las instrucciones dadas por el Señor a Nicodemo, uno de los jefes de los judíos quien vino a Él durante la noche.

En estos versos encontramos tres cosas. Primero, *el nuevo nacimiento es necesario* si es que el hombre ha de entrar, ver o tomar parte en el reino de Dios. ¿Por qué? Porque “la carne y la sangre no pueden heredar el reino

de Dios" (1 Co. 15:50). El reino de Dios es un reino espiritual, estando nosotros excluidos por nuestra naturaleza pecaminosa y carnal.

Segundo, encontramos que *el nuevo nacimiento es la obra del Espíritu Santo*, quien es soberano en todas Sus operaciones. Es Su trabajo el dar vida a todos aquéllos cuyos nombres aparecen escritos en el Libro de la Vida. Nuestro Señor dijo en Su oración sacerdotal en Juan 17 que el Padre le había dado poder sobre toda carne, para que diese vida eterna a cuantos el Padre le había dado. Es a través de Su Santo Espíritu que nuestro Señor Jesús vivifica, o da vida eterna, en el nuevo nacimiento a aquéllos que el Padre le ha dado.

Tercero, encontramos que *el nuevo nacimiento y la conversión no son lo mismo*. En el nuevo nacimiento el pecador se encuentra en un estado pasivo; en la conversión el pecador toma parte activa. En mi concepción natural y en mi nacimiento me encontraba pasivo porque la concepción no vino de mí. Tampoco añadí nada en mi crecimiento en los nueve meses que estuve en el vientre de mi madre, pues mi madre suplió todo. Tan pronto nací, comencé a llorar. Me encontraba muy activo porque estaba vivo fuera del vientre y aún necesitaba todas las atenciones de mi madre. Lloraba porque estaba vivo.

De la misma manera fue en mi nacimiento espiritual por el Espíritu Santo. Me encontraba pasivo en mi concepción mientras Él plantaba la Palabra de vida en mi corazón (1 P. 1:23), por lo tanto me dió una nueva naturaleza (2 P. 1:4). Nada tuve que ver en esto. Pero, tan pronto había vuelto a nacer, comencé a clamar a Dios en Cristo; comencé a arrepentirme y acudir a Dios en Cristo; comencé a arrepentirme y acudir a Dios por mis pecados, a creer, confiar y buscar a Cristo y a Su preciosa salvación y a clamar por la justicia de Dios en Cristo.

Estuve activo por lo que Dios había hecho en mi corazón a través del nuevo nacimiento. Un hombre no puede convertirse, ni puede ser salvo, ni arrepentirse, ni creer hasta que se le haya impartido vida antes por el Espíritu Santo, resucitado de la sepultura del pecado (Ef. 2:1) y habérsele dado un nuevo corazón (Ez. 36:26) y una nueva naturaleza en el nuevo nacimiento. Entonces y sólo entonces puede haber arrepentimiento con el corazón quebrantado por causa de sus pecados como estando en contra de Dios, viendo belleza y gloria en Cristo por lo cual está dispuesto a abandonar el pecado y acercarse a Cristo aceptándolo como Señor y Salvador, Rey y Libertador, en verdadera fé salvadora. Como verás, el nuevo nacimiento y la conversión no son lo mismo: en el nuevo nacimiento el pecador se encuentra en estado pasivo; en la conversión, por la gracia de Dios, el pecador se encuentra activo según clama a Dios arrepentido y con fé. Y esto continúa en sus días.

Qué dice la Escritura

Veamos como el resto de las escrituras presentan a la naturaleza del nuevo nacimiento: 2 Corintios 5:17 declara que la regeneración o el nuevo nacimiento es una nueva creación en la que las cosas viejas han pasado y todo es hecho nuevo. El nuevo nacimiento entonces es una nueva creación. Ezequiel 36:26-29 declara que el nuevo nacimiento es el recibir un nuevo corazón. Escuche la Palabra de Dios: “Os daré corazón nuevo [esto es obra de Dios] y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros [obra de Dios]; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. [Esto siendo obra de Dios.] Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, [obra de Dios] y haré que andéis en mis estatutos, [esto es obra de Dios] y guardéis mis preceptos, [este es mi trabajo] y los pongáis por obra” [Este es mi trabajo.] ¿Por qué?

Porque Dios hizo Su obra en mí como siempre lo hace. Aún la función que yo desempeño es el resultado de Su obra, como dice en Filipenses 2:12-13: “ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” Vemos entonces que el nuevo nacimiento es la dádiva de un corazón nuevo. En 2 Pedro 1:4, la regeneración o el nuevo nacimiento se dice que es el recibir una nueva naturaleza: Por lo cual “nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia.” Sí, el nuevo nacimiento es el recibimiento de la naturaleza divina de Dios.

También en Juan 1:13 nos dice que la regeneración o el nuevo nacimiento es de acuerdo a la voluntad de Dios, ¡Escuchen! “Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” Nuevamente en Juan 3:5-8 leemos que la regeneración o el nuevo nacimiento es llevado a cabo en nosotros por el Espíritu Santo, y 1 Pedro 1:23 nos dice que el instrumento que Él usa es la Palabra de Dios: “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre.”

Según unimos estos versos, vemos que a través de Su poder sobrenatural, el Espíritu Santo renueva al hombre interior, dándonos un nuevo corazón y haciéndonos partícipes de la naturaleza divina de Dios, preparándonos para Su reino, el cual es un reino espiritual.

2. Cómo el Espíritu Santo da el nuevo nacimiento

Nos hacemos la pregunta, “¿cómo Él hace esto?” A Dios le ha complacido hacernos en nuestro ser moral y carácter, un ser tri-partito: entendimiento, afección y voluntad. El hombre debe cambiar estos tres aspectos si ha de buscar de la justicia y santidad de Dios. En la caída de Adán todos perdimos nuestra justicia y santidad y pasamos a estar muertos en pecados y transgresiones (Ef. 2:1-3).

En el entendimiento

Así que en el nuevo nacimiento Él nos ilumina el entendimiento que había sido oscurecido (Ef. 4:18). ¿Por qué? Porque “el hombre natural [el hombre carnal] no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2:14). Ese es nuestro corazón apartado de la gracia de Dios.

Entonces teniendo nuestro entendimiento iluminado por el Espíritu Santo, vemos nosotros mismos, a Cristo y al mundo, y todo lo demás bajo una luz diferente a la anterior. De acuerdo a 2 Corintios 4:6, Él causa que la luz brille en la oscuridad de nuestro entendimiento, “para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo.” Entonces y tan sólo entonces el pecador clama como Isaías en Isaías 6:5 al ver la gloria de Dios en Su santidad, “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.”

Es en esta manera que vemos a Dios en Su santidad y caemos ante Sus pies clamando, “Culpable, culpable, vil y lleno de pecado estoy.” ¿Por qué? Porque el entendimiento nos ha sido iluminado para ver a Dios en Su

santidad y verme a mí en toda mi impureza por causa del pecado. Según me presento ante Dios tres veces santo con la luz del trono brillando sobre Su santidad, esa misma luz me demuestra mi pecaminosidad y lo distanciado que me encuentro de Dios. Recordemos que la facultad de nuestro entendimiento no se nos quita en el nuevo nacimiento, pero es iluminada redirigiéndonos hacia Dios, su Cristo, santidad y cosas eternas. A la luz del trono, me he visto a mí mismo y a la santidad de Dios.

En las afecciones

De la misma manera, el Espíritu Santo le otorga poder a las afecciones. Las afecciones del hombre se prostituyeron en la caída (Is. 53:2), de manera que ya no se veía belleza o gloria en santidad o en Dios Santo, pero tan sólo podía ver placer en el pecado y en todas sus formas. Pero según obra el Espíritu Santo en nuestro entendimiento, las afecciones del hombre pecador se ejercitan de manera diferente. En vez de tenerlas en cosas temporales y de los sentidos, ahora se proyectan en cosas espirituales y eternas según vemos la gloria y la belleza de Dios según en Él en Cristo Jesús. Las afecciones ahora van tras el bendito eterno Hijo de Dios. Se vé en Él, en Su muerte, resurrección y ascensión una belleza, una gloria, y un sentido de apropiación que antes tan sólo se consideraba como locura o tontería por estar sus ojos cegados y sus afecciones prostituidas por el dios de este mundo, Satanás mismo (2 Co. 4:4).

En la voluntad

Entonces con el entendimiento iluminado y las afecciones yendo tras Cristo, la voluntad, la cual se encontraba cautiva (Rm. 7:14,15), es libertada (Rm. 6:18). En vez de seguir tras el pecado y la injusticia, nos rendimos

a Dios y a Su juicios, diciendo en nuestros corazones, “No se haga mi voluntad sino la tuya.” Clamamos como Saulo de Tarso caído en tierra en el camino hacia Damasco, “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” (Hch. 9:6). Sí, cuando el entendimiento es iluminado por el Espíritu Santo en el nuevo nacimiento, y las afecciones ven belleza y una gloria en Cristo, entonces la voluntad dice “sí” a Jesucristo porque el pecador ha sido hecho voluntario en el día de Su poder (Sal. 110:3).

Una nueva naturaleza

Para resumir todo lo concerniente al nuevo nacimiento, no es la remoción de nada del pecador, porque nuestro entendimiento, nuestras afecciones y nuestra voluntad aún se encuentran intactos. Pero sí es la comunicación de algo al pecador: *el nuevo nacimiento es el impartimiento de la naturaleza divina de Dios* (2 P. 1:4). ¡Alabado sea Dios por esto! Él nos da *vida* en el Señor Jesús. Cuando yo nací por primera vez, yo recibí de mis padres su naturaleza, así que al nacer de nuevo, recibí de Dios, a través de Su Espíritu, Su naturaleza.

Sí, el Espíritu de Dios engendra dentro de nosotros una naturaleza espiritual al salvarnos. Ya que esta es la obra del Espíritu Santo, entonces ya no puede ser a través del bautismo, membresía en una iglesia, siendo religioso, haciendo lo mejor que podamos, ni haciendo una decisión o una profesión. Es algo que Dios hace por Su gracia soberana y Su poder en los corazones de pobres pecadores. De hecho, ni tan siquiera nosotros lo pedimos; cierto es, Dios es quien lo hace. Entonces comenzamos a pedirle porque Él lo ha obrado en nuestros corazones.

Esto nos trae otro tema: *la necesidad del nuevo nacimiento*. Es una ley fundamental la que dice que, “tan sólo semejanza produce semejanza.” Este principio inal-

terable es mostrado una y otra vez en el primer capítulo de Génesis: “Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su género. Y vio Dios que era bueno” (versículo 12); y los versos 21-25 enseñan lo mismo: *todo según su especie*.

Estimado amigo, es la ceguera del evolucionista infiel la que afirma que una especie de criaturas puede engendrar otra orden radicalmente diferente a su misma especie. 1 Corintios 15:39 nos dice, “no toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves.” Así que lo que es nacido de un vegetal es vegetal, y aquello que es nacido de animal es animal; y estos nunca se cruzan. De la misma manera, aquello que es nacido de un hombre pecador es un niño pecador, carne, un niño corrupto; porque el hombre no puede engendrar nada a no ser eso que es igual a él: pecador (Sal. 51:5). También el Salmo 58:3 dice: “se apartaron los impíos desde la matriz; Se descarriaron hablando mentira desde que nacieron.”

Por lo tanto somos encarados con desesperanza habida en todo: Nosotros criaturas llenas de pecado, no podemos entrar al reino de gracia aparte de la obra del Espíritu Santo en nuestros corazones. Hay muchos deberes que deben ser llevados a cabo y muchos privilegios para ser disfrutados por los sujetos del reino espiritual de Dios, las cuales el hombre degenerado no puede llevar a cabo ni disfrutar (1 Co. 2:14). ¿Puede un hombre degenerado arrepentirse en polvo y cenizas, cuando odia a Dios y ama el pecado? ¿Puede un hombre degenerado vivir por fé en el Hijo de Dios, cuando tan sólo tiene ojos para vivir por vista y no tiene ojos para ver a Cristo? ¿Puede un hombre degenerado crucificar la carne con sus afecciones y concupiscencias cuando por naturaleza

corre tras ellas egoístamente? La respuesta es *no*, mil veces *no*, no hasta que tenga un corazón nuevo y una nueva naturaleza que ame estas cosas. De esta manera vemos la necesidad del nuevo nacimiento para preparar al hombre para el ámbito espiritual, el cual es el reino de Dios.

Usted vé estimado amigo, *el cielo es un lugar preparado para una gente preparada*, preparados aquí en la tierra, hechos propicios para Dios, para Su presencia y Su santidad. Le pregunto a usted, ¿Querrán aquéllos que nunca buscaron ni desearon una hora de comunión con Dios en secreto, deleitarse en no tener otro empleo por toda la eternidad? La respuesta es ¡No! “Al lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Ec. 11:3). “Él que es injusto, sea injusto todavía: y él que es inmundo, sea inmundo todavía” (Ap. 22:11). Si un hombre no siente deseos de Dios y su Cristo aquí abajo, no tendrá ninguno en la eternidad.

3. Las consecuencias del nuevo nacimiento

Para terminar, les pregunto, *¿Cuáles son las consecuencias del nuevo nacimiento?* Cuando el nuevo nacimiento es obrado en el corazón del hombre, el hombre va tras el Señor Jesucristo. La nueva vida en él causa que le encuentre en Cristo la propiciación para sus necesidades como pecador. El encuentra que el Señor Jesús pagó sus deudas como pecador en la cruz. El pecador encuentra en la tumba vacía que Dios le ha justificado completamente sus pecados por causa de la justicia imputada de Cristo. El pecador encuentra que al haber sido levantado y sentado en lugares celestiales con Cristo, tiene en Él santidad imputada porque en Cristo ha sido santificado. Y en el Espíritu Santo, quien mora en él, tiene santidad

impartida para que por medio de la gracia de Dios progrese lenta pero seguramente en santificación. El pecador encuentra en las escrituras que a quien Dios justifica, el santifica, dándole a Su hijo recién nacido la disposición de amar la justicia y aborrecer el pecado. Tal como 1 Juan 3:9 dice, nadie nacido de Dios practica, deliberadamente y a sabiendas, habitualmente el pecado, pues la naturaleza de Dios mora en él. Su principio de vida, la esperma divina, permanece permanentemente dentro de la persona, y no practica el pecado porque es nacido de Dios.

Un hombre que ha nacido de nuevo del Espíritu de Dios, se vuelve a Dios y se arrepiente de sus pecados. Se lamentará sobre ellos, se alejará, los odiará, deseará liberarse de ellos, y buscar la faz de Dios en Cristo de manera que sus pecados sean puestos bajo Su preciosa sangre. Se dirá de él tal como se dijo de los Corintios, “Porque fuisteis contristados para arrepentimiento;... Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse;... Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación!” (2 Co. 7:9-11). Sí, habrá el deseo de terminar con el pecado, y esta actitud de odio hacia el pecado estará con él todos los días de su vida.

